

Nueva Sociedad Nro. 154 Marzo-Abril 1998, pp. 120-123

## La euforia del guardabosque

Edgardo Rodríguez Juliá

Edgardo Rodríguez Juliá: narrador y ensayista puertorriqueño. Entre sus libros: *La noche oscura del Niño Avilés*, *El cruce de la bahía de Guánica* y *El entierro de Cortijo*; es catedrático de la Universidad de Puerto Rico.

Nota: Ver también en este número de NUEVA SOCIEDAD el comentario de Rodríguez Juliá a *El cantar del Jíbaro Olmo*, y la reseña de Javier Lasarte a su *Peloteros*.

Palabras clave: béisbol, cultura del béisbol, testimonio, Puerto Rico.

### Resumen:

La casa de Luis Rodríguez Olmo tiene ese aire excéntrico; ahí se destaca, en el antiguo barrio cangrejero, algo emblemáticamente. Localizada entre la avenida Ponce de León y la Fernández Juncos, a la altura de la parada dieciocho y media, se me describió, con algún énfasis, como «la casa de las bolas» en la calle Figueroa. Se puede entrever la antigua distinción: a la segunda planta sube una escalinata con esas bolas –parecen de boliche, no de béisbol– que ornamentan el pasamanos. La construcción en concreto armado incita la memoria, es el detalle en que la época pasada aún se señala; no se trata de la obra maestra de un arquitecto sino de la feliz concepción de un maestro de obras. El trabajo en cemento tiene ese aspecto funcional –con alardes «ornamentales» aunque no arquitectónicos– de las casas de concreto de hace 50 años. Se respira la época de mi infancia. La casa de los años 50 con distinción hoy está en un barrio venido a menos, ocupado por la emigración dominicana.

Olmo me estaba esperando; me atrevería a decir que hasta con algo de ansiedad. Que alguien nos recuerde es un modo de saborear la identidad, atajar esa dispersión que nos asedia camino a la muerte. Se me confirma su entusiasmo por mi entrevista, justo cuando lo saludo desde la calle. En realidad estaba muy pendiente, su gentil preocupación por el estacionamiento de mi auto mezclada con una alegría bien disimulada. Baja a abrirme el portón de la marquesina: es la única manera de estacionar el automóvil en esta calle congestionada por el tránsito. El apretón de manos –mi mano se pierde en la suya– delata el antiguo oficio de jonronero, evoca el fuerte agarre del bate.

La sala es típica de la pequeña burguesía de los años 50, esa que seguía la

carrera del pelotero del Caribe desde la localidad de palco. Con sus pantalones cortos a cuadros, Olmo luce como un caballero de aquella época mal acostumbrado a la informalidad de ésta. A su edad –rebasa los 70– se mantiene activo en el campo de golf –otro terreno o espacio perfecto para golpear la bola– y conserva un desenfadado airecillo de deportista, ello a pesar de la gravedad y la mirada algo melancólica. Esa tristeza quizás sea la de un hombre formado en la dureza de los años 30. Es una masculinidad algo reservada, cuya gracia sólo se comparte con los amigos más íntimos, que sólo admite con una sonrisa esa charlatanería fácil que caracteriza a buena parte de la hombría caribeña. Tiene un poco de sombra en la barba, los tocones blancos le confieren esa sabiduría algo descuidada de quien no tiene poses ni pretensiones. Es el viejo pelotero dispuesto a recordar.

En esta columna entre la sala y el comedor me enseña una foto en que aparece junto a otros Dodgers. El joven Olmo aparece junto a Dixie Walker, Pete Reiser y ¿Paul Waner? Titubea con este último nombre, la evocación repentinamente se vuelve incierta. Han pasado 52 años. Son glorias de los antiguos «esquivadores» de Brooklyn. Duke Snider, el guardabos que central de los Dodgers para la época en que yo me criaba, fue quien reemplazó a Dixie Walker. Paul Waner bateó .333 de por vida, un número cabalístico en el béisbol, sin duda. La memoria no debería someternos a estos trucos, estaría obligada a respetar esa cifra mágica. La perplejidad nos asalta.

En un viejo la evocación se vuelve caprichosa, se desplaza hacia recuerdos privilegiados cuya clave sentimental parecería oblicua, secreta. Sólo para él ese encanto permanece en la foto; es un diálogo en que hay cierto desplazamiento de la memoria, como si ésta se aferrara locamente a una juventud convertida en anécdota lejana, cifrada ahí en esa específica opacidad del cuerpo capturada en los años 40 por la cámara: me enseña la foto de un agasajo ofrecido a los Dodgers por el Club Rotario de Brooklyn a mediados de los años 40. Olmo me pide que lo identifique en la foto, será la prueba de una identidad que, como cualquier otra, se vuelve borrosa en el tiempo. Lo identifico inmediatamente. Me mira extrañado y alegre, casi agradecido.

Nos sentamos en una mesa de ratán redonda en el área del mediopunto. Me explica cómo su barrio santurcino ha cambiado; pero no hay amargura o resentimiento en su voz; es un hombre que ya no se impacienta con los cambios que ha traído el tiempo. Yo, más joven por veinte y tantos años, de una generación tan distinta, considero que ha pasado un tiempo vertiginoso y siniestro, también algo catastrófico, desde que oí hablar por primera vez sobre el «jíbaro Olmo», allá a principios de los 50, en medio del entusiasmo por ese béisbol que luego se llamaría romántico.

La carrera beisbolera de Rodríguez Olmo se remonta a los comienzos de la Liga de Béisbol Profesional de Puerto Rico. Jugó en la primera temporada, 1938-39, con el equipo de Caguas Guayama. De esta época Olmo conserva esta fotografía

reveladora de lo que fue aquel béisbol menos mercenario. La foto muestra a Olmo en el momento de completar un *swing*. La torsión del cuerpo nos revela la gracia de alguien nacido para conectar la bola lejos y a lo profundo. En la pose de Olmo hay cierta estilización apolínea. El uniforme de franela remata en medias altas –como las que ya no usan los peloteros– y en los «ganchos» cuya colocación –la punta del zapato puesta en direcciones contrarias– destaca esa torsión de las caderas productora de jonrones. Los brazos lucen fuertes; más adelante se volverán macizos. Entonces nos percatamos de cómo esa apoteosis culmina en el rostro: es el de alguien complacido al ver alejarse y subir, alcanzar la verja, esa bola bateada. La mirada se pierde en la euforia; sobre el rostro se ciñe la máscara apolínea, la complacencia en el propio ser nos sugiere esa levedad que identificamos con el éxtasis. El jonronero sabe de los límites del alborozo, de aquí que Olmo siga, en su vejez, pegándole a la bola de golf; verla alzarse y subir es recuperar cierto tipo de intoxicación.

Pancho Coímbre aparece, hacia 1939, en una foto curiosamente parecida; quizás la tomó el mismo fotógrafo. Coímbre era otro tipo de bateador, quizás fue más terrenal en el campo de juego; era el gran templador de batazos de línea, el pelotero de la vista privilegiada y paciente. Fue el bateador que durante tres temporadas jamás se ponchó, había olvidado lo que es abanicar la bola, ese precio a pagar del jonronero. Cuando Olmo comenzó a jugar béisbol, Coímbre estaba en su mejor momento. Imitando el estilo de Mel Ott, levantaba la pierna para batear. Sabía colocar el bate para conseguir el indiscutible al lado opuesto. La estrella de los Leones de Ponce también aparece aquí en la pose de haber completado el *swing*. La torsión del cuerpo no es tan violenta, el bate luce nivelado y la expresión es de pura alegría, como si Coímbre se deleitara con el silbido del batazo. La ejecución perfecta de una destreza tiene esa dimensión sensual... La cadera derecha está alzada, parece que sigue un paso de conga. Es la diferencia entre el jonronero apolíneo y aquel dionisiaco mulato carabalí que estableció todo un estilo de juego, inquieto y alegre en el corrido de bases, el ídolo del tiburón aguadillano, Canena Márquez.

Hacia 1939, Olmo visitó una caseta de fotógrafo de machina. Su juvenil mirada delata cierta pureza, también esa vanidad complacida en el hecho de que ha llegado a ser pelotero. Sostiene el bate con la premonición leve de que la pose resulta algo forzada. El cuerpo, perfecto para jugar pelota, no deja de ser el de un joven apegado aún al mundo de la industria cañera en Arecibo; parece un jibarito disfrazado de pelotero, es la pose orgullosa de quien apenas conoció zapatos de viño; en el semblante hay algo de sorpresa, como si el reconocerse vestido de pelotero aún le produjera perplejidad, ello a pesar de saberse ungido para una vida mejor. El trasfondo de la caseta de fotógrafo resulta incierto, borroso, quizás algo truculento el paisaje de esa escenografía melancólica. Pero aun así, nada puede perturbar el destino del joven que ha sido fotografiado vestido de pelotero. La foto es para su novia: *Para Tita con todo el cariño de Luis Rodríguez Olmo*. Algo formal, sin duda; es que Olmo siempre ha tenido ese señorío, la gravedad de quien conoció la pobreza y veía, a distancia, a los señores de palco, aquella

«aristocracia de dril» que caracterizó Palés Matos.



La ilustración acompañó al presente artículo en la edición impresa de la revista